

Suplemento

LOS GRUPOS JUVENILES, CONDENADOS A LA «VIDA ARTIFICIAL» POR LA DIRECCIÓN AUTOCRÁTICA DE LOS LÍDERES

¡Y qué se dice de los jóvenes! Muchos dirán que son unos rebeldes sin causa, unos peludos que representan ampliamente a la inseguridad y a la indecisión o simplemente que son sinónimos de problema.

La juventud es un período donde la soledad se apodera del muchacho, que a pesar de estar rodeado de muchas personas, siente que ninguna de ellas es como él, pues todo lo que decide hacer es tachado de loco o de superficial. Uno de ellos podría decir, mi propio padre me dijo en cierta ocasión: "No estas lo suficientemente loco para encerrarte en un manicomio, ni eres lo bastante introvertido como para meterte en un monasterio, no sé que hacer contigo" [1]. Es entonces cuando se refugian en sus "camaradas", jóvenes cercanos que comparten actitudes e ideales comunes, utilizando la comparación social como recurso para evaluar habilidades, conductas, rasgos de personalidad y sentido general del yo frente a las características de otros. Los muchachos utilizan grupos de referencia para explorar y determinar quienes son y qué quieren ser. Como opción para canalizar estas energías aparecen los grupos juveniles que se lideran en la ciudad, en los barrios y parroquias, brindándole al joven la posibilidad de encuentro con otros muchachos que se parecen a él. Lo que hay que poner en cuestión aquí, es la vida o duración de estos grupos cuando quienes los lideran en su afán de ayudar al joven a encontrar espacios alternativos para ocupar su tiempo libre en acciones productivas, olvidan las necesidades personales de estos muchachos y caen en el "activismo", la saturación de actividades que suplen las necesidades de la comunidad y no las necesidades del joven. Es así como surge la inquietud sobre como deben orientarse los grupos juveniles de las parroquias: ¿Deben orientarse los grupos juveniles a partir de la necesidad latente de sus líderes de descubrir vocaciones y de conformar ministerios de música, lectores, decoradores que revitalicen la acción pastoral en la parroquia?.

En este escrito se sostendrá la importancia de conformar grupos donde la formación de los jóvenes se oriente hacia sus necesidades de vida, para lo cual se hace necesario un proyecto o plan de formación que llame la atención de los muchachos al sentirse identificados con los objetivos que el grupo les propone.

Para abordar este planteamiento será necesario partir de la experiencia de un proyecto juvenil cristiano liderado en la parroquia San Carlos Borromeo del Barrio Kennedy (Medellín), llamado comunidades juveniles cristianas para luego buscar apoyo en los trabajos desarrollados por la pastoral juvenil de Medellín y finalmente elucidar la problemática a la luz de Didier Anzieu, Enrique Pichón Riviére (1985) y la fundamentación psicosocial de la teoría de grupos, brindando así la posibilidad de generar nuevas hipótesis que ayuden a dar respuesta a la orientación que se le debe dar a la formación de los grupos juveniles.

La miel y el enamoramiento se hacen presentes en los grupos de muchachos que son conformados en las parroquias por sacerdotes jóvenes que quieren brindarles espacios donde puedan ser ellos mismos. Al principio los grupos no muestran más que buenos resultados, los muchachos nunca se pierden una reunión, es más, el tiempo de sus responsabilidades en la familia y el colegio es reducido para emplearlo en las actividades del grupo juvenil. Es este un típico enamoramiento que traduce el refrán popular "El amor es ciego", pues en esta etapa todo parece marchar bien y las falencias no se alcanzan a percibir, ya que han descubierto la compañía después de haber conocido la dureza de encontrarse solos y aislados, encontraron lo que buscaban: amigos que tienen las mismas dificultades que ellos, algo que hacer y la excusa perfecta para escapar de la casa, utilizando al grupo como escudo. Pero ¿cuánto tiempo puede durar este encantamiento?. Indiscutiblemente hasta que los jóvenes se empiezan a conocer, adquiriendo la capacidad de formar una imagen del otro. En esta etapa del proceso ya hay personas que dan testimonio del cambio que han experimentado en sus vidas gracias al grupo, pero no todo puede ser tan maravilloso cuando carecen de una meta clara por la cual luchar como grupo. Se empiezan a presentar temores preconcebidos que hacen que cada uno de los integrantes utilice diferentes mecanismos de defensa, son estos los típicos miedos básicos a la pérdida y al ataque; pues la crítica y la palabra pueden ser tan destructivas como sanadoras. Cada uno de los muchachos tiene mucho que aportar a sus compañeros de grupo; el tímido, el conversador, el que ha sufrido y el que no, pero el temor opaca la progresión grupal. Son víctimas de la saturación por temáticas sueltas, "rompecabezas" que no tienen ninguna continuidad y que lo único que dejan es una sensación de desconcierto y la inquietud del ¿para dónde vamos?. Los muchachos se transforman en lo que Freud describe como una manada de puerco espines, que al apretarse fuertemente unos contra otros para darse calor, se hieren con sus púas y tienen que separarse hasta encontrar el punto intermedio, que les permita estar cerca sin hacerse daño. Sus intereses personales cambiaron y el futuro les presentaba jugadas que no sabían como asumir, lo que hacía difícil combinar el trabajo del grupo con las nuevas exigencias que les demandaba la vida. Son comunes ecos como: "hay sobrecarga", "No me falta sino traerme la cobija", "tenemos derecho a un fin de semana para nosotros mismos". En fin, el verdadero deseo incluye la exigencia de elección.

Los líderes que van surgiendo no se hacen esperar, manifestando el deseo de replantear el rumbo del proceso que ya no satisface sus necesidades; esta actitud para el fundador del proceso se puede constituir en un llamado de emergencia que lo desestabiliza, al verse sin herramientas para enfrentar la nueva situación que el grupo le plantea, pues al querer lo mejor para sus muchachos, actúa por su bien "autócrata benevolente", haciendo por ellos.

Estas primeras líneas podrían herir la autoestima de muchos líderes que viven en función de sus grupos, pero haciendo una crítica desde esta experiencia se podría decir entonces, que los grupos juveniles que se conforman a partir de las necesidades de los líderes están sentenciados a tener una

Por Claudia Andrea Duque
Estudiante de segundo semestre de
Psicología-Funlam



David Manzur

Canto a la paloma de la sabiduría
(De la colección de grabados el beso de
Dios)
1988

Grabado en metal, aguafuerte sobre papel
40 x 30 cm
registro AP1497

corta vida ya que se constituyen en alienaciones para la personalidad individual, convirtiendo las relaciones humanas al interior del grupo en relaciones de manipulador a manipulados. Y el síndrome de Peter Pan no se haría esperar, ese trastorno en el que el joven sueña –como campanita en el país de nunca jamás– con ser eternamente niño. El estar congregados en grupos que no tienen definidos claramente sus objetivos puede convertir a los jóvenes en sedentarios, hasta el punto de poner inconscientemente al grupo como excusa por no haberse hecho cargo de responsabilidades que sólo les compete a ellos. Los jóvenes pueden no ser asertivos y criticar al líder a sus espaldas, a quien odian y aman al mismo tiempo. Sintiendo responsabilidad en el fracaso, del refugio en el que podrían ser eternamente niños.

La pastoral juvenil de la Arquidiócesis de Medellín, brinda asesoría a los jóvenes que manejan algunas líneas de liderazgo y que desean adquirir herramientas para enfrentar sus grupos. Un ingrediente clave para los formadores de la pastoral es el empirismo característico de estos grupos de muchachos, para producir al lado de la teoría herramientas que ayuden a los líderes a guiar el grupo a través de una espiral dialéctica donde la personalización, la socialización, el crecimiento grupal y el discernimiento cristiano sean ejes en constante desarrollo en la estructuración de la vida del grupo. Es necesario que el líder no solamente cuente con la confianza del grupo, debe capacitarse y actualizarse para que esté en capacidad de conocer ciertas características psicológicas de los jóvenes con los que trabaja y pueda tocar así, sus experiencias de vida. No se debe caer en la actitud ignorante de creer innecesaria la capacitación y formación de líderes para la dirección de grupos, porque actitudes radicales como esta atrasan el progreso de la dinámica grupal y creer que el grupo no puede mejorar, es una actitud “derrotista”. Como dice Pichón Rivière, “ Toda corrección de un proceso se logra a través de la explicación de lo implícito” [2] y es la necesidad la verdadera impulsora del motor del grupo.

Hay que dejar de ser parroquiales para abrirse a esas experiencias juveniles que trabajan en la ciudad formando muchachos preocupados por ellos y por la comunidad, ciudadanos y profesionales que trabajen en beneficio de su país. En la memoria de los muchachos siempre va a permanecer esta gran experiencia de socialización y cada uno de los esquemas conceptuales que manejan apuntarán hacia realidades de vida diferentes que se operativizarán en la medida en que modifican su forma de pensar, movilizando sus vidas a otras fases, que les permiten enfrentar el futuro desde diferentes ópticas. La práctica finalmente les brindará la posibilidad de evaluar y de plantear nuevos emergentes que solidifiquen sus existencias, formando así un ECRO común que movilizará al grupo a otros estados de crecimiento.

Desde la psicología social, la teoría de grupos, ayuda a elucidar el comportamiento del individuo, quien se juega la historia personal y lucha por preservar su identidad individual en el grupo. Estas líneas de comportamiento son importantes para los líderes para que comprendan que cada muchacho vive un proceso diferente. El individuo en grupo, se siente fragmentado, teme perder su identidad individual, se debate entre la serialidad y la grupalidad. El grupo se convierte para él en una estructura, deseada y temida a la vez que le impone ciertos valores, creencias, objetivos y normas de conducta que controlan el egoísmo y la competición entre individuos. Tiende también a buscar la uniformidad que aplasta la individualidad con creencias impuestas y exigencias de cohesión, que excluyen la competición interna y conducen a la asfixia de la libertad individual, dándose un proceso de despersonalización del yo (Turner, 1990), donde el anonimato lleva a las personas a perder el sentido de la responsabilidad, dejando que los demás hagan por ellos, esta actitud fue la que Leon Festinger, Albert Pepitone y Theodore Newcomb (1952) llamaron desindividualización. Podría decirse entonces que el grupo es malo y que estanca la capacidad del individuo, cuando este empieza a convertir el grupo en una ilusión de perfección, en un refugio. Sin embargo se le puede hacer el quite a esta situación permitiendo el libre desarrollo del individuo, adjudicándole roles compatibles con sus características personales, que lo harán sentir útil e influenciado para demostrar sus capacidades personales, aprendiendo de los demás y actuando con los demás. Pero el grupo no sólo satisface la necesidad de pertenencia de la mayoría de sus miembros poniéndolos a salvo de la inseguridad, sino que despierta en algunos de ellos, un impulso orientado hacia el liderazgo. El individuo adquiere un sentimiento de autoestima, que es retransmitido como “buena imagen” a quienes entran en contacto con él, desarrollando nuevas pautas de conducta, como el afán de poder, la avidez de conocimientos y los impulsos solidarios hacia el prójimo.

Pues bien, el hecho de que algunos grupos de jóvenes se estanquen a falta de definición de objetivos claros, no significa que todo sea malo porque las situaciones difíciles son como cedazos que sirven para seleccionar los frutos, dejando finalmente los mejores, aquellos que sufrieron los inconvenientes de una cosecha que necesita ser abonada. La sociedad enfrenta a cientos de jóvenes que no le encuentran gusto a la vida porque las grandes olas de soledad se abalanzan sobre ellos, y son los grupos de jóvenes los que ayudan a gran cantidad de muchachos a encontrarle sentido a sus vidas. El grupo forma, porque permite la rectificación y ratificación de las creencias del individuo en sus semejantes en los cuales se ve reflejado, posibilitando esto una adaptación activa a la realidad, donde el joven experimenta cambios y ese mismo estancamiento que se genera en su grupo lo obliga a movilizarse, a buscar nuevas alternativas que solidifiquen la estructura grupal. El riesgo es que la adaptación a la realidad no sea activa sino pasiva y el muchacho no vea más halla de lo que el líder puede hacer por ellos. Es pues tarea del líder principal, captar y formar a sus muchachos para ser líderes, pero debe desaparecer para que crezcan y sean independientes en su formación, evitando así la visión salvadora de los muchachos hacia él y la tentación de querer sembrar e incluso recoger sin antes abonar el terreno.

Si bien es cierto que no existe un mapa ni una solución perfecta para orientar estos grupos juveniles, si existen muchas herramientas para la formación que hay que aprender a utilizar. Todo grupo y todo ser humano tienen una estructura que hay que poner a prueba porque no se trata de “perder el tiempo” sino de hacerle frente a la realidad y de aprovechar al grupo, caminado juntos logrando los objetivos, que desembocarán en la meta que los motivará a luchar, todos en un mismo nivel. Porque el carpintero le dijo a Arturo: “Le haré una magnífica mesa, donde se puedan sentar 1.600 a la vez, para que nadie tenga que ser excluido y donde ningún caballero será capaz de comenzar el combate, con lo cual todos se encontrarán al mismo nivel” [3].

[1] Frase de: Shans-e Tabrizi, Santón Sufi, Discovery Chanell.

[2] ZITO LEMA, Vicente. Conversaciones con Enrique Pichón Rivière, Sobre el arte y la Locura. Argentina, Ediciones Cinco. 1998. Pág 106.

[3] STEINBECK, Jhon. Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros, según la obra de Sir Thomas Malory y otras fuentes. México. Suramericana, 1983. Pág. 33.

